

UN DIÁLOGO

El verano último, salía un día An̄ton de su casa que era la de su queridísimo primo Javier, y

—¿Qué tal...? (aquí el apellido del amigo á quien saludaba).

—Ondo ta zu An̄ton?

—Bai, bai, zu beti ondo; este hombre siempre bien y con la sonrisa en los labios, pero amigo (...), tiene V. que sufrir mucho en el mercado humano.

—¿Por qué me dice V. eso?

—Mejor que yo lo sabe V.—Dicho con aquel acento de cascarrabias nacido de un corazón de oro, con aquella expresión de sus vivísimos ojos, inquieto, dando dos pasos adelante y dos atrás, y

—Vaya, vaya, ¿cuándo nos veremos? Iré á buscarle á V. y echaremos un cigarro.—

Y la *chiquillería*, como él llamaba á sus hijas y á sus sobrinos, se le enredaba en las piernas, tirándole y diciendo *va... mo... nos, va... mos... pues*, y su amigo le dijo despidiéndose

—Adiyo An̄ton, adiyo. Egongo gera...—

Recogemos el precedente diálogo, para guardarlo como un querido retrato del finado.

* * *

¡ANTON-I!

—*—

Negu aldian ekarri dute
gorputza Donostiyara,
ala zan zure borondatia
¡Iruchuloko enara!

.
Zurekiñ oraiñ itz egiteko
nik ez det aski Euskara,
biyotzak diyo igo nadilla
otoitzian... ¡ará... ará!

ANTONIO ARZÁC.